

Recuerdos de
unas vísperas
de Santa Águeda

La evacuación de Catalunya y el lehendakari Aguirre

Iñaki Goiogana

El 16 de enero de 1939 Julio Jauregui, secretario general de Presidencia y, en ausencia de consejeros del Gobierno de Euzkadi en Barcelona, máximo responsable de la delegación vasca, cursó un mensaje telefónico al lehendakari a París en el que le decía que la situación militar en Catalunya era peligrosa. El telefonema de Jauregui explicaba que la “descomposición ejército sur permite enemigo avanzar sin lucha”.

En efecto, las cosas no iban nada bien para la República, pues el ejército franquista, desde el comienzo de la ofensiva el 23 de diciembre –ataque iniciado después de desestimar todas las peticiones internacionales para establecer una tregua de navidad– ocupaba territorio catalán casi sin oposición y a velocidad de vértigo. El ejército republi-

cano derrotado en la batalla del Ebro y a falta de suministros por hallarse los repuestos en Francia sin poder entrar en España, no podía hacer frente a la superioridad franquista.

En la fecha del telefonema comentado, dos días hacía que Tarragona estaba en manos de los nacionales. La histórica sede arzobispal catalana no era otra cosa que una población más a añadir a la larga lista de ciudades y pueblos que la habían precedido en la conquista por parte de los franquistas. En las tres semanas previas habían caído, entre otras, Artesa de Segre, Borges Blanques, Mollerussa, Agramunt, Falset, Tortosa, Valls y Reus. Cabía esperar lo peor y Jauregui, una vez hecha la salvedad, retórica y con vistas seguramente a la censura, de que la situación pudiera mejorar, en el mismo mensaje pedía al lehendakari que arbitrara medidas para evacuar a los responsables políticos.

A pesar de lo peligroso de la situación, o tal vez debido a ello, la información sobre el estado de los frentes había que leerla entre líneas en los partes oficiales y ello podía llevar a interpretaciones erróneas de consecuencias muy graves. Hacía falta ser ciego para no ver la gravedad del momento, pero ¿hasta qué punto era desesperada la situación en el Principado? ¿Resistiría el ejército republicano, aunque sólo fuera unas semanas, el

avance nacional? Los mensajes que aquellos días se cruzaron entre Barcelona y París hacen pensar que los dirigentes vascos esperaban que la resistencia no se desplomara con tanta rapidez como lo hizo. En este sentido, en la sede de la avenida Marceau, sede del Gobierno vasco en París, se tomaron unos días para ultimar los preparativos antes de acudir a la frontera hispano francesa con el fin de organizar la evacuación.

En la confusión del momento, sin una idea exacta de la situación de los frentes, en Barcelona la principal preocupación de Jauregui no era tanto que las tropas franquistas pudieran entrar en pocas jornadas en la ciudad como el quedar aislados de Girona, y de paso de la frontera, en un eventual ataque nacional por el oeste catalán. Hay que decir que la rapidez del avance despistaba a todos y que a falta de información de primera mano no se hallaban solo los directivos de la delegación vasca. La misma Generalitat ignoraba la cruda realidad de los frentes y no fue consciente de la proximidad de la caída de la capital catalana hasta el día 21 de enero. Aquel sábado el presidente del Gobierno español, Juan Negrín, convocó a una reunión ur-

gente al presidente Lluís Companys, reunión en la que le hizo saber que Barcelona era indefendible y que era cuestión de días su ocupación por el ejército nacional. En consecuencia, Negrín pedía que la Generalitat procediera a la evacuación de Barcelona.

Ese día 21, Jauregui reportó a París que la situación militar era inestable y solicitó permiso para trasladar los servicios del Gobierno de Euzkadi, a excepción de Presidencia y Defensa, a Girona para evitar el caso citado de un aislamiento de la frontera o amenaza directa de ocupación de la ciudad condal. En refuerzo de su petición, el secretario general indicaba que una medida similar de traslado de algunos ministerios ya la había adoptado el Gobierno central. El telegrama de Jauregui terminaba aconsejando al lehendakari que a Barcelona se trasladara solo y sin acompañante alguno. Este dato nos hace pensar que para entonces Aguirre ya había manifestado su interés en trasladarse a Barcelona para coordinar la evacuación y compartir los últimos momentos de la Catalunya republicana con los dirigentes catalanes y los vascos allí residentes.



La respuesta de París se transmitió a Barcelona al día siguiente. Aguirre dio su conformidad al traslado de servicios a Girona y notificó a Jauregui que se encontraría con él en la capital catalana el martes 24 o el miércoles 25 de enero.

Autorizado en sus demandas y sin pérdida de tiempo, Jauregui reunió el domingo 22 en su despacho barcelonés a los distintos secretarios y directores generales para comunicarles cuál era la situación y ordenarles la preparación de la evacuación. Ese mismo día la Generalitat comenzó a trasladar a los intelectuales catalanes a poblaciones próximas a la frontera.

En París, José Antonio Aguirre se preparaba también para la evacuación. El lehendakari, además de ordenar que se trasladaran a Perpignan los consejeros de Asistencia Social y Trabajo, los socialistas Juan Gracia y Juan de los Toyos, hizo que viajara de Londres a su lado a Manuel Irujo con el fin de que éste le acompañara a Catalunya, desoyendo el consejo de Jauregui. La presencia de Irujo al lado de Aguirre en Catalunya en aquellos momentos se explica por la reunión de las Cortes republicanas,

“Si el Gobierno central hace un acuerdo de rendición, espero decir al Sr. Negrín que entonces levantaré yo la bandera de Euzkadi independiente. Hace ya más de un año no tenemos territorio, pero tenemos a todo el pueblo con nosotros. A mí no me eligió Negrín; me eligió Euzkadi. El único límite que tendré en estas manifestaciones, será el bien de mi pueblo, a quien no quiero dañar en nada con mi actitud personal”.

última en territorio español, convocada en el castillo de Figueres para el día uno de febrero. A ello habría que unir también que Irujo había formado parte de varios gabinetes republicanos durante la guerra y podía por este hecho prestar al presidente vasco servicios cerca de las instituciones republicanas.

Después de ultimar los preparativos, la víspera del viaje al sur, el día 24 de enero cenaron juntos en París Aguirre, Irujo



y el sacerdote Alberto Onaindia. Por unos recuerdos de éste sobre lo tratado en la citada cena sabemos de los pensamientos que rondaban por las cabezas de estos políticos nacionalistas. El canónigo Onaindia en su escrito remarca mucho los aspectos religiosos hablados en aquella velada, pero no olvida la vertiente política de la conversación. El sacerdote markinarra cuenta cómo solo dos días antes Irujo le había escrito desde Londres detallándole su idea de creación de una universidad misional en Pamplona. A Onaindia no dejó de extrañarle que en momentos tan trascendentales para el pueblo vasco y para las posiciones ideológicas por las que tanto había luchado un hombre como Manuel Irujo, pudiera éste tener tiempo, precisamente en aquellos momentos, para un proyecto cuya materialización en el mejor de los casos debería esperar en algún cajón durante mucho tiempo. “Extraño tema en las circunstancias aquellas. Sin embargo, llamándome a solas —escribió Onaindia—, me dice: Yo no voy a ser tontamente carne de cañón. Prefiero que no me maten. Aunque sea el último, querría salir de la frontera de España, para donde saldré mañana mismo. Sin embargo, como puede ocurrir cualquier cosa, en esa carta le expongo a Vd. mi inquietud, la más íntima, la más profunda, como católico y como navarro”.

Igualmente, Onaindia recordaba que el lehendakari manifestó en la cena: “Si el Gobierno central hace un acuerdo de rendición, espero decir al Sr. Negrín que entonces levantaré yo la bandera de Euzkadi independiente. Hace ya más de un año no tenemos territorio, pero tenemos a todo el pueblo con nosotros. A mí no me eligió Negrín; me eligió Euzkadi. El único límite que tendré en estas manifestaciones, será el bien de mi pueblo, a quien no quiero dañar en nada con mi actitud personal”.

La víspera, ya de noche, en el número 11 de la avenida Marceau se había recibido un telegrama de Jauregui en el que se indicaba que las medidas para la evacuación de Barcelona habían sido tomadas y que en la capital catalana todos estaban serenos y dispuestos a cumplir con su deber.

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaban y ello motivó que el lehendakari no pudiera ver cumplido su deseo de llegar a la ciudad condal. La capital catalana cayó en manos de los franquistas el día 26 y al presidente vasco no le quedó más remedio que establecer su centro de actuación en Figueres. Concretamente en Port de Molins, localidad situada a ocho kilómetros de la capital ampurdanesa. Esto ocurrió al día siguiente de la ocupación franquista de Barcelona, el viernes 27 de enero. Durante los nueve días siguientes Port de Molins, junto con Perpignan y París, serían los puntos neurálgicos de la vida política vasca.

Hay que decir que la administración vasca no partía de cero en la zona fronteriza hispano francesa de Catalunya. El Gobierno vasco tenía desde hacía tiempo en Perpignan varios agentes que hacían de mensajeros y enlaces entre Barcelona y París. Este servicio de valija, que para la ocasión y la labor de evacuación no podía aportar mucho en el aspecto material, disponía, sin embargo, de valiosa información para moverse en la zona del Rosellón. Aguirre, echando mano de los que realizaban el citado servicio valijero y de los funcionarios que estaban siendo evacuados de Catalunya, más los refuerzos de París, pudo establecer una administración eficaz y que rindió un gran servicio a los vascos que llegaban a la línea fronteriza.

En esta administración, en el reparto de labores las tareas quedaron asignadas de la siguiente manera: en la zona republicana española, Julio Jauregui se encargó de gestionar el transporte y el avituallamiento, Juan José Basterra se responsabilizó del censo, control y tramitación de pasaportes, a Paulino Gómez Beltrán se le encomendó el abastecimiento, a Miguel José Garmendia las labores de orden y, finalmente, a Leonardo Salazar se le asignó el encargo del alojamiento de los evacuados. A su vez, en la parte francesa las oficinas vascas se establecieron en el hotel Sala de Perpignan, donde a las órdenes de los consejeros Gracia y Toyos empezó a funcionar el departamento de Asistencia

Social. En París quedaron Jesús María Leizaola, Heliodoro de la Torre y Pedro Basaldua, hasta que los dos primeros, junto al también consejero Telesforo Monzón y el presidente del EBB Doroteo Ziaurritz, se trasladaron también a la capital rosellonesa.

Sin embargo, lo que primaba en aquella evacuación era la improvisación y en no pequeña medida el saleva, expresión que se había popularizado en la evacuación de Santander y que venía a querer decir “sálvese el que pueda”. Para aquellas miles de personas llegar a la línea de demarcación era una odisea, traspasarla, en muchos casos, sobre todo al principio, un imposible.

Para hacernos una idea del calamitoso estado en el que los miles de fugitivos a las tropas franquistas llegaban a la frontera no tenemos más que leer los informes diarios que los agentes vascos redactaron para documentación del lehendakari. Por ejemplo, en escrito del 29 de enero, Leonardo Salazar decía: “Los refugiados llegan todos en estado verdaderamente lastimoso. Casi ninguno de ellos trae maletas porque las han tenido que abandonar en el camino, o se las ha destrozado la lluvia torrencial que cayó anoche. Las mujeres y los niños vienen ateridos de frío y sin poder andar apenas, con sus ropas empapadas y sus calzados destrozados de andar. Nadie les atiende y casi todos ellos se tumban en las cunetas, en los quicios de las puertas y en los portales”.

Nadie les atiende y casi todos ellos se tumban en las cunetas, en los quicios de las puertas y en los portales”.

En efecto, el invierno de 1939 resultó especialmente duro. Inclemencia a la que hubo que añadir el hecho de que muchos de los refugiados llegaban a la frontera después de varios días de marcha durmiendo al raso, alimentándose deficientemente y haciendo frente a los frecuentes ataques de la aviación nacional, dueña de los cielos catalanes.



La inmensa mayoría de estos refugiados que llegaban a la muga no eran vascos y, no pudiendo asistir a todos, la misión que Aguirre se impuso fue, con sus escasos medios, ayudar a los ciudadanos vascos. Para ello, y con el fin de optimizar al máximo los recursos, mientras la frontera permaneció cerrada para los que estaban en edad militar –los varones menores de 45 años-, el lehendakari ordenó ayudar solo a las mujeres que acompañaran a los hombres que por sus cargos políticos, militares, judiciales o sindicales durante la guerra tuvieran alguna responsabilidad que les pudiera acarrear represalias graves de los militares rebeldes. Al resto de las mujeres, a no ser que tuvieran a alguien que pudiera responder de ellas en el extranjero, se les invitaba a no exiliarse. Por otra parte, tanto para el caso de las mujeres como de los varones de más de 45 años, para que pudieran salir de España era preciso documentarlos, puesto que las

autoridades francesas no abandonaron, mientras les fue posible, el cumplimiento de las formalidades burocráticas propias de las fronteras. Debido a ello, los llamamientos del lehendakari a sus consejeros y funcionarios en París y Perpignan para que hicieran lo posible con el fin de dotar de pasaportes y visados a los vascos fueron constantes. Aguirre también instruyó a los suyos para que se esforzaran en lograr de las autoridades francesas la admisión de entrada en territorio galo de los refugiados sin pasaporte pero con carné de identificación vasco.

El procedimiento en la ayuda a los refugiados en los primeros días fue de dos tipos. Por una parte, agentes dispuestos en los distintos pasos fronterizos esperaban la llegada de refugiados vascos. Una vez reconocidos éstos, se

La inmensa mayoría de estos refugiados que llegaban a la muga no eran vascos y, no pudiendo asistir a todos, la misión que Aguirre se impuso fue, con sus escasos medios, ayudar a los ciudadanos vascos.

les enviaba al hotel Sala de Perpignan para de allí reexpedirlos vía tren a los refugios vascos de Iparalde. Por otra parte, Jauregui pudo hacerse cargo de seis camiones pertenecientes al Comité Nacional de Ayuda a España, organismo creado por la República en 1938 para canalizar a los refugiados de guerra la ayuda material extranjera. Estos camiones hicieron un solo viaje –el día 28 de enero–, pues una vez hecho el trayecto quedaron inmovilizados en la frontera.

Aguirre también instruyó a los suyos para que se esforzaran en lograr de las autoridades francesas la admisión de entrada en territorio galo de los refugiados sin pasaporte pero con carné de identificación vasco.

Había un tercer grupo de refugiados vascos que traspasaron la línea los primeros días de la evacuación. Este grupo lo formaban aquellas personas que iban dirigidas directamente a refugios franceses. A estos exiliados se les proporcionaba una tarjeta con la dirección del departamento de Asistencia Social de París con el fin de que en días posteriores se pusieran en contacto con las autoridades vascas para que éstas les atendieran en las necesidades que pudieran tener.

Además de todos estos refugiados autorizados a cruzar la frontera, en los primeros días de avalancha hubo personas que lograron pasar a Francia sin permiso. Utilizando una expresión muy actual diríamos que eran unos “sin papeles”. Estas personas cuando eran descubiertas por los gendarmes o militares franceses eran puestas de nuevo en la parte española de la frontera. Medida que de poco servía para disuadirles pues inmediatamente corrían a las zonas montañosas para entrar de nuevo en Francia o esperaban en la línea una nueva oportunidad.

Mientras tanto, el avance franquista continuaba imparable. El uno de febrero fue ocupada la ciudad de Vic, situada a unos 100 kilómetros de Figueres. Ese mismo primero de febrero se celebró la última sesión de las Cortes republicanas en territorio español. A ella asistieron 67 de los 503 diputados que habían sido elegidos en los comicios de febrero de 1936. En la reunión, a pesar de que el presidente Negrín prometió luchar en Catalunya y en las zonas Centro y Sur si no se satisfacían sus condiciones —garantía de la independencia de España, derecho del pueblo a escoger su gobierno y que no hubiera represalias—, se pudo vislumbrar claramente que la sesión de Cortes no era más que una especie de final institucional de la República española. Una formalidad antes de cruzar la frontera. Un correr el telón antes de retirarse al extranjero, después de adoptarse acuerdos, necesarios tal vez, pero puramente retóricos, de los que no se ponía en duda su nula eficacia.

A pesar del rápido avance, todavía restaban varios días antes de que Aguirre se decidiera a cruzar la línea. Estas jornadas las dedicó, como los precedentes, a ayudar a los refugiados y a dirigir la actuación de sus colaboradores no solo en la zona de Figueres y Perpignan, también en París. Entre estos colaboradores se hallaba el más arriba citado Alberto Onaindia a quien correspondió visitar en

París a las autoridades eclesiásticas y medios católicos laicos. En estos contactos Onaindia debía hacer hincapié, en palabras de Aguirre, en “la barbarie inconcebible que se está llevando a cabo, dejando al pueblo embotellado en los caminos de la frontera, donde anoche han muerto doce mujeres y niños y hoy morirán más. Esto no se ha conocido jamás. El sentido católico no puede permanecer mudo. El Evangelio dice que lo que das a uno de esos pequeñuelos lo das a Él. Por este sentido de la vida estamos aquí. Pobre pueblo que tiene que pasar seis, ocho días de hambre bajo la lluvia y el terror”.



Estos contactos se verificaron, pero de poco sirvieron para parar el avance nacional que, como ha quedado dicho, era casi un desfile. El día dos de febrero fueron ocupadas las localidades de Lloret de Mar y Tossa de Mar, distantes de Figueres más de 80 kilómetros. Sin embargo, al día siguiente las tropas franquistas se hallaban a menos de 50 kilómetros, en la ciudad de Girona. La situación era muy peligrosa. El día cuatro de febrero Aguirre y sus colaboradores decidieron trasladarse a la casa que ocupaba Lluís Companys, el mas Perxes, situada en la población de Agullana, para de allí partir juntos al exilio al día siguiente. Según el lehendakari el partir juntos al exilio era una promesa de Aguirre a Companys a quien le expresó el deseo de acompañarle en los últimos momentos que viviera en su patria.

Aguirre y Companys no eran los únicos dirigentes republicanos que estaban cerca de

los pasos pirenaicos. En la población vecina de La Vajol se hallaba el presidente de la República Manuel Azaña, quien por medio de Diego Martínez Barrio, presidente a su vez de las Cortes republicanas, acordó que el

paso a Francia lo hicieran todos juntos, incluido también Juan Negrín, presidente del gobierno. Sin embargo, este acuerdo no se llevó a cabo precisamente por un cambio de opinión por parte de Negrín y Azaña que no deseaban que presidentes autonómicos les pudieran restar algún protagonismo. Por ello, las autoridades estatales partieron hacia Les Illes, primera población de la Catalunya continental, dos horas antes de la hora convenida. Cuando la comitiva de Aguirre y Companys se acercó a la casa donde se alojaba Azaña pudieron vascos y catalanes comprobar que los presidentes españoles habían partido ya. Sin más contratiempo, Companys y Aguirre acompañados de consejeros y altos cargos de la Generalitat y del Gobierno de Euzkadi, partieron hacia el col de Lli para cruzar la línea de demarcación franco española y entrar definitivamente en el exilio.

En el mas Perxes cabe decir que se juntaron dos personalidades y dos estados de ánimo bien distintos. Aguirre cuenta que Companys estaba sumido en un “profundo abatimiento”, producido por la situación de desamparo de los refugiados y el incierto futuro de su hijo enfermo e internado en una clínica extranjera. Sobre el estado de ánimo de Aguirre no hay más que leer las notas que envió desde Port de Molins aquellos días. Para el lehendakari lo que estaban viviendo no era el

Cuando la comitiva de Aguirre y Companys se acercó a la casa donde se alojaba Azaña pudieron vascos y catalanes comprobar que los presidentes españoles habían partido ya. Sin más contratiempo, Companys y Aguirre acompañados de consejeros y altos cargos de la Generalitat y del Gobierno de Euzkadi, partieron hacia el col de Lli para cruzar la línea de demarcación franco española y entrar definitivamente en el exilio.

“Estamos en el periodo de una lucha que comienza. Todavía estamos solos. Ya llegará el momento en que estemos acompañados. [...] Todo lo que hagamos ahora será fructífero para el mañana. El que esté pesimista que se vaya a casa. Trabajar y trabajar. Dios hará lo demás, porque dependemos de Él y de la justicia”.

final de nada, era justamente el principio de una etapa que sería ciertamente venturosa: “Estamos en el periodo de una lucha que comienza. Todavía estamos solos. Ya llegará el momento en que estemos acompañados. [...] Todo lo que hagamos ahora será fructífero para el mañana. El que esté pesimista que se vaya a casa. Trabajar y trabajar. Dios hará lo demás, porque dependemos de Él y de la justicia”.

Ese mismo día cinco de febrero se abrió la frontera al paso de los militares en retirada. Finalmente, las tropas franquistas llegaron a Le Perthus el jueves nueve. La evacuación, en su parte catalana, había finalizado. En dos semanas Aguirre y sus colaboradores habían logrado evacuar y enviar a refugios organizados por el Gobierno vasco a más 1.000 personas y tenían controlados a otros 5.000 exiliados que habían sido internados en campos de concentración improvisados a lo largo de la frontera.

Con el fin de atender a estos campoconcentrados vascos, el lehendakari constituyó una oficina especial que se instaló primero en Perpignan y más tarde en Olorón a cargo de Leonardo Salazar pero bajo mando de Telesforo Monzón. Éste último sería el responsable de lograr de las autoridades francesas un campo de concentración específico para los vascos que finalmente se construyó en Gurs, a muy pocos kilómetros de tierras suletinas.

Probablemente a estos hechos se refería el lehendakari cuando, estando en tierras alemanas para huir de la Europa ocupada por los nazis, escribió en su diario el día cinco de febrero de 1941: “Hoy es Santa Águeda. Día de recuerdos.”